CAPRICHOS ingenieros

Jesús de la Peña Hernández

ANTROPOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA 14

RECORDATORIO 69 (Siberia)

UNO

Mi relación con Siberia ha sido siempre muy ocasional. Cuando estudiaba geografía en 2º de Bachillerato, aparte de otras cosas, consistía en recitar sus cinco ríos árticos, Dvina (una pausa), Obi, Yenisey, Lena y Amur, como repitiendo la alineación de la delantera del Atlético de Bilbao de los años 40: Bilbao, Panizo, Zarra, Gárate y Gainza.

La pausa en la recitación se debía a que el Dvina, si bien ártico (desemboca en el mar Blanco), no era siberiano por quedar al este de los Urales. Además, este río tiene una particularidad muy especial que acabo de descubrir al intentar asociarlo al suicidio de un español famoso: por aquellas regiones hay nada menos que setenta y ocho ríos con ese mismo nombre.

¿Quién sería aquel español? Larra no, porque se suicidó en su casa de Madrid. Espronceda tampoco, aunque ocasiones no debieron faltarle en sus aventuras románticas. Estas situaciones de memoria descolocada las resuelve Internet en un periquete: Se trata del escritor y diplomático Ganivet, a la sazón cónsul de España en Riga donde se quitó la vida arrojándose, precisamente a otro río Dvina que desemboca en el mar Báltico. Lo de la coincidencia de nombres fluviales es lo que me desorientaba. Y lo que no sabía es que nuestro hombre sufría de manía persecutoria.

Por los años 80 solíamos veranear en la playa de Gandía y a mí, que me encantan los barcos y los muelles, no se me pasaba un mes de agosto sin acercarme al puerto para contemplar la descarga de madera siberiana que venía desde el Ártico. Me decían los marineros rusos (nos entendíamos en un inglés elemental, naturalmente) que era el único tiempo del año en que podían salir de allí burlando el hielo del mar de Barents. La matrícula del buque era de Arcangelsk, uno de los sitios habitados más fríos del mundo que está situado en la desembocadura del río Dvina de marras (el de la pausa).

Otra relación siberiana la tuve con mi amigo Pío Azcarate cuando me contaba allá por los años 50-60 un viaje que había hecho bastante antes a Irkutsk junto al lago Baikal. Hoy, que casi todo el mundo ha estado en Bangkok y en la isla Mauricio, una cosa así pasaría desapercibida, pero en aquellos tiempos … Añádase el morbo de que mi amigo no es que fuera a un gulag siberiano: es que era afecto a lo soviético (por aquel entonces vivía en Praga). En fin, misterios de la vida, porque mi amigo, por quien siento un gran aprecio era una excelente persona.

Por fin me sitúo en nuestros días. Acabo de recibir un .pps del que muestro su primera fotografía. Como se aprecia, es una visión impresionantemente bella y exótica. Se trata de la rivera del recordado río Lena en su paso por la mitad de Siberia. Curiosamente, el Lena no nace del lago Baikal, sino a 4 Kms de su orilla occidental; naturalmente, entre su fuente y el lago se extiende una estrecha cadena montañosa.

La estructura geológica del lugar tal como queda a la vista, es el resultado de la erosión del agua del río que, después de arrastrar durante miles de años la tierra que había entre los pilares, los deja al descubierto mostrando un bosque de elevadas piedras que sobresalen airosas de un entreverado de árboles apiñados en torno a ellas. Acabada la obra de la naturaleza tenemos un Manhattan muy natural.

Agradecí a mi correspondiente su valioso envío advirtiéndole de paso que para mí, la cosa no era novedosa.

DOS

Ha habido otros años en los que nuestro descanso de verano ha transcurrido en la hospedería del monasterio agustino de La Vid, a 20 Km. de Aranda de Duero y junto al río. Los paseos solían transcurrir a lo largo de ambas márgenes del Duero. Por la orilla derecha, aguas arriba del río, hacia Zuzones, en dirección a Langa de Duero, por una carretera poco frecuentada. Por la izquierda, también hacia Langa, se podía llegar hasta el puente que una ambas orillas a la altura en que se divisa el castillo de Langa de Duero, último pueblo soriano antes de entrar en la provincia de Burgos.

Este último recorrido te lleva por un camino de tierra blanca entre pinos, enebros y sabinas. Volviendo hacia La Vid, y a la izquierda del camino, te sorprenden unas formaciones rocosas que allí llaman *Las chimeneas de las hadas* y que son primas hermanas de las siberianas que acabo de comentar. Son más humildes y menos cuantiosas (me parece que hay unas cinco o seis): El río se llama Duero en vez de Lena. El sitio también es frío pero no tanto.

La foto de la izquierda la tomó mi amiga Carmen en uno de sus paseos. La recojo por la excelente composición que encuadra camino, cielo y árboles. Al fondo, y en lo alto, se destaca, discretamente, una *chimenea*. Carmen, muy simpática y ocurrente dice que aquellas sabinas son de tres tipos: alegres (de escamosas hojas enhiestas), tristes (con las hojas caídas), y propiamente dichas.

Por si no queda clara la chimenea en cuestión, presento a la derecha otra que no ofrece duda. Está tomada de Internet y obtenida por un curioso senderista que se ha entretenido en recorrer, con mucha paciencia, todo el cauce del Duero desde Urbión hasta su cruce con la frontera hispano-portuguesa.

Mirella era una chica de Zuzones muy amable y trabajadora que tenía a su cuidado nuestra habitación en la hospedería. Nos contaba que en invierno no había quien aguantara el frío en el piso de encima: lo llamaba *la Siberia de arriba.*

RECORDATORIO 70 (Ostracismo)

UNO

En los años 40, los llamados *del hambre*, había *ostras perlistas*. Como se ve, no faltaba ninguna de las dos cosas: ni hambre ni buen humor. Los estraperlistas hacían entonces de las suyas, y las ostras, ahora, incluso si no son perlistas, también.

A mi amigo Mariano, no es que lo hayan desterrado o condenado al ostracismo como si fuera un ateniense, que él es muy de Cuenca. Es que, como Ingeniero de Minas del Colegio de Levante que es, se fue a Elche a celebrar su Junta General coincidiendo con la fiesta de su patrona Santa Bárbara y, luego, de cuchipanda a Valencia para mayor celebración.

Y como las francachelas exigen un precio, mi amigo tuvo que pagarlo en forma de intoxicación por ingesta de ostras. No les contaré las consecuencias porque son bastante desagradables y no añaden nada esencial al relato. Tan sólo destacaré la relación, que no sé si será causal, de estas ostras con el Mediterráneo.

DOS

Aquel verano yo había viajado en mi dauphine blanco por el valle del Loira siguiendo la recolección de cereales que por allí se hacía con las cosechadoras que nosotros fabricábamos en Linares. Trabajo, mucho polvo, relaciones públicas con propietarios de máquinas y delicioso ocio visitando los famosos castillos: Chambord, Chenonceau, Azay-le-Rideau y otros menores cuyos nombres he olvidado (en general mansiones de caza con magníficas jaurías).

Cuando terminó la campaña me volví a Robledo de Chavela donde pasaba el verano la familia. Allí me encontré con el devastador incendio que avanzaba hacia el norte procedente de algún lugar próximo a las instalaciones para seguimiento de satélites de la Nasa.

El viento transportaba las cenizas hasta el chalé que habitábamos, yo me incorporé a una brigada de extinción en la que poco podía hacer y, al final, sofocado el incendio propuse a Chelo la vuelta a Francia para que viera algo maravilloso que yo acababa de experimentar. No le dije de qué se trataba, porque

estaba seguro de que le iba a encantar, añadiendo de esa forma un interés especial a la cosa. Y así fue. Dejamos los niños con los abuelos y nos marchamos a Francia en nuestro querido dauphine.

Como ya estaba preparado para ciceronear el viaje todo fue sobre ruedas (las del dauphine, claro). Al regreso, pasado Burdeos y antes de enfilar las Landas, nos detuvimos en el pueblo costero de Arcachon del que recuerdo vivamente tres cosas: Sus merecidamente famosas ostras que saboreamos a gusto. La experiencia de una muy acusada bajamar que había dejado las barcas colgadas por sus amarras, de los correspondientes noráis (la superficie del agua quedaba bien por debajo de sus quillas). Por fin, un poco más al sur, el maravilloso paisaje de las incomparables dunas de su playa. Las ostras nos sentaron divinamente.

TRES

Jean era un francés grande, desenvuelto y simpático que vivía en Chartres y representaba para Europa a una firma americana que fabricaba embragues de elevado par. El producto era muy bueno y nosotros lo comprábamos en su versión de embrague doble para nuestros camiones de alta gama. Esto era allá por los años 70-80.

Con ese motivo Jean me visitaba en la fábrica con cierta regularidad. En mayo del 78, sin embargo, su visita me causó una gran sorpresa. Ya de anochecida, cuando casi no quedaba nadie, me incorporo y lo veo entrar por la puerta.

-Pero cómo, tú por aquí, a estas horas y con lo difícil que es entrar!

-Bueno, esto no es una cárcel, no? Yo me las he arreglado para poder llegar! Después de todo, esto no es más que un hospital …!

Efectivamente yo estuve hospitalizado durante mes y medio a consecuencia de una tromboflebitis seguida de embolia pulmonar. Jean se acercó aquella tarde a mi despacho como otras veces, pero al enterarse de que estaba en el hospital, no dudó en ir allá a verme. Cómo pudo entrar en mi habitación, no lo sé, porque entonces había serias dificultades de acceso; se necesitaba, rigurosamente, un pase de visita para un solo familiar.

Yo salí del hospital y nuestra relación continuó. Por entonces mi hija mayor Mª Jesús planeaba una estancia en Francia para perfeccionar su francés, así que en alguna de sus visitas pregunté a Jean si podría recomendarme alguna familia de su confianza para que, en las condiciones que se fijaran mi hija pudiera pasar algún tiempo en Francia.

Su respuesta fue inmediata y espontánea: Nada de buscar por ahí. Si quieres, y sin condiciones, puede venir a nuestra casa: tengo una hija más pequeña que la tuya y otra algo más mayor que va a casarse dentro de unos meses …

Le respondí agradecido añadiendo que tendría que concretar detalles con Chelo. En eso quedamos. Chelo me pidió que en la próxima visita de Jean le invitara a cenar a casa para tener ocasión de conocerlo un poco mejor y presentarle a nuestra hija para que ella, a su vez, pudiera darnos luego su conformidad.

Así se hizo. Aquella tarde Jean me acompañó a casa; entrados en el portal, torcemos a la izquierda para tomar el ascensor o la escalera, a conveniencia (yo vivo en un segundo piso) y, en pleno quiebro me detiene para reprenderme: pero cómo, aún no habéis terminado con esto?!

Su pregunta me dejó tan desconcertado que no supe qué contestar: no podía entender de qué me hablaba.

Él se dio cuenta.

- Sí, hombre, esta obra la habéis empezado hace más de dos meses y ya es hora de que la hubierais acabado.

Efectivamente, desde el pie de mi escalera hasta el fondo del pasillo había una zanja a lo largo de éste para reacondicionar las tuberías de agua y calefacción que iban por debajo. Los vecinos de la escalera del fondo tenían que pisar con cuidado por encima de los tableros que tapaban la zanja. ¡Si sabría yo, que a la sazón era el presidente de la comunidad, del retraso de la obra debido a las dificultades que nos habían surgido!

- Y, cómo sabes tú todo esto?
- Muy sencillo: tengo unos amigos franceses viviendo en la escalera del fondo y que visito con alguna frecuencia.

Me quedé de piedra. Sus amigos son mis amigos. Vivimos pared con pared.

CUATRO

Todo se arregló. Una noche de San Juan, iluminada aquí y allá con las fogatas que adornaban el cielo oscuro del País Vasco, los padres y la hija en el dauphine habitual enfilábamos el camino para pernoctar en un hotel al pie del Igueldo, hacia Chartres. Allí dejamos a Mª Jesús y de allí nos la devolvió Jean a su debido tiempo poniéndola en vuelo desde París. Todos encantados y nosotros muy agradecidos. Las visitas de Jean a Madrid continuaron y en una de ellas nos obsequió con un regalo de ostras. Él, en lugar de viajar por el camino directo, se desvió para visitar amigos en Monpellier, junto al Mediterráneo.

Desconozco la causa, pero las ostras nos sentaron como un tiro a toda la familia. Igual que a Mariano. Es lástima que Jean no hubiera venido por el camino directo, es decir, el de Arcachon.

RECORDATORIO 71

UNO

La mañana de domingo del día de Reyes se presentó con un sol glorioso: brillante pero lejano, frío. Se soportaba muy bien dado que todo corría a favor. A las doce en punto mi hija y su marido nos llevaron a casa de mis hermanos en Pozuelo para compartir regalos, conversación y comida, y sobre todo, la deliciosa compañía de mis tres sobrinas nietas. Para dar una idea de esta delicia les cuento que el año pasado, la pequeña Mencía de cuatro años, después de un aparte que hice con mi hermano al despedirme, me espeta desde el quicio de la puerta donde estaba apostada: A ver, tú, qué estás tramando?!

Además, mi cuñada Angelines cumplía años, así que todo redondo. Mi hermano, que es muy generoso y está en todo, se ocupó de los percebes y el changurro, y Angelines de la gallina en pepitoria que estaba de sobresaliente. Seguro que Quevedo habría dicho de la suculenta comida que era muy cobarde … (porque había gallina).

Teníamos el compromiso de estar hacia las siete en casa de mi hijo para continuar la tradición de Reyes con chocolate y roscón, así que a la hora pertinente se organizó la partida. Yo pretendía hacer mutis por el foro tomando el tren para empalmar después con el metro que había de llevarnos lejos, hacia el norte.

Mis hermanos no lo consintieron y nos llevaron en su coche hasta la estación de metro que más nos convenía. Cuando llegamos (fuimos los últimos de la familia ampliada), mi hijo preparaba el chocolate.

Así pues, nuevos regalos, nueva conversación y roscón sopado. Pasadas las nueve se levanta la sesión y enfilamos el camino de regreso a casa en el mismo coche y en la misma compañía de la mañana, con el añadido de mi nieto pequeño Gonzalo. La familia de mi hija vive a un tiro de piedra de mi casa.

Nos dejan en el portal y yo, anhelante de reposo y dispuesto a poner la guinda de un día tan estupendo, me encamino escaleras arriba, al piso: ¡Hogar, dulce hogar!

DOS

Chelo se quedó rezagada en el portal al coincidir con nuestros vecinos del quinto. Cuando el ascensor se detuvo en nuestro descansillo, yo ya había llegado a una conclusión: mis intentos con la llave me permitieron afirmar en alta voz, y a fin de alertar a nuestros vecinos: ¡Nos han robado! ¡No podemos entrar en casa! Salieron los tres ocupantes y, con gran curiosidad y perplejidad, vieron que el aspecto exterior de la cerradura y de su entorno era tan normal que indujo a Chelo a reprocharme: “No, hombre, lo que tienes que hacer es situarte bien enfrente de la cerradura porque así, de costadillo, no se acierta bien con la llave”. Mi vecino Jóse añadió: Tiene toda la pinta de que los ladrones lo han intentado pero, al no poder, se han marchado.

Jóse y Carmen resultaron providenciales. Amables y acogedores, nos recibieron en su piso donde pudimos hacer las llamadas necesarias y esperar resultados. Estos no se hicieron esperar, afortunadamente. A los pocos minutos llegó el cerrajero.

Resultó ser un excelente y muy bien equipado profesional. Cogió su linterna, se arrodilló delante de la cerradura, miró y, sin dudarlo, me suelta: "Tengo que darle una mala noticia: ¡Los ladrones han entrado en su casa! Ya se verá lo que le han robado".

Hurgó en la cerradura, extrajo medio bombillo y, en un abrir y cerrar de ojos, estábamos dentro de la vivienda. Sólo estuvimos lo justo para contemplar el escenario desolador de costumbre: es la segunda vez que nos roban. Lo primero que me saltó a la vista fue la ausencia de mi querido ordenador: el portátil Mac de 17 pulgadas que me ha proporcionado tantas satisfacciones; una joya.

Cuando volví a la puerta de entrada ya había llegado la policía: era justo el momento adecuado para reprobarme que hubiera entrado: debía haber esperado a que la entrada triunfal la hubieran hecho ellos. Chelo, que es muy aficionada al género policiaco, me instruyó: "¡Claro, figúrate que dentro hubiera habido un muerto …!

El cerrajero se aplicó a su trabajo y los dos policías, al suyo. Aquel, a instalar una nueva cerradura: la que me recomendó, que era compatible con la extraída y más robusta. Añadió mientras manipulaba: Desconfíe usted de cualquier cerrajero que le garantice seguridad absoluta en lo que le instale.

Mientras tanto, un policía se quedó con el cerrajero y el otro, en mi compañía, fue recorriendo el piso y tomando notas.

El cerrajero me sustanció su historia: Fue Guardia Civil y se salió del Cuerpo aburrido de tantas leyes garantistas que cuidan más del ladrón que del robado. Se dedicó entonces a su profesión actual de cerrajero siguiendo cursos en Alemania. Ahora hace compatible su trabajo con la impartición de cursos a la Policía.

Creo sin dudar todo lo que me contó, a la vista de lo que yo presencié. Los policías se sentían tan a gusto con él, que no tenían traza de querer marcharse. Lo frieron a preguntas y él, gustoso, les dio su seminario.

Lo que siguió, ya carece de interés porque a todo el mundo le han robado alguna vez. Como dije antes, a mí, dos: esta última, entrando limpiamente por la puerta del piso y, la primera, gateando por el toldo bajado del primer piso con escala en mi terraza y forzamiento de la puerta de acceso desde ella al salón. En ambos casos fue el portátil el objeto de deseo; entonces, un Toshiba.

Lo típico: armarios vaciados sobre las camas, cajas abiertas y eschangadas por todo el suelo, calcetines desparejados (queda el que no usaron para guardar el botín), etc.

TRES

Por entonces yo tenía entre manos la lectura del libro titulado *Ébano*, del autor polaco Ryszard Kapuscinski. En su comienzo pensé que sería una novela, pero enseguida noté que no era tal. Se trata de un collage de reportajes donde el autor-periodista deja plasmada su relación personal con diversos motivos africanos, en diversas situaciones, y de los diversos países de ese continente de ébano. El autor se revela como un delicado y ebanista compasivo, y el lector lo agradece.

La verdad es que yo leía a ritmo lento porque mi trabajo con el ordenador me absorbía demasiado. Y bien que lo sentía, porque soy muy consciente de que para escribir un poco hay que leer un mucho.

Así pues, pasado el día de susto y desconcierto, me propuse retomar la lectura con más intensidad y para mayor disfrute, relajamiento y olvido de lo recién pasado.

Abro el libro por la página que marcaba la señal y empiezo a leer el capítulo que tocaba; el titulado "Mi callejón 1967". Como dejé insinuado, los capítulos no tienen nada que ver unos con otros, de manera que lo que fuera a pasar en el tal callejón no está advertido en el capítulo precedente. Les copio el principio y el final del capítulo para que ustedes juzguen y se puedan poner en mi lugar como lector. La acción transcurre en la capital de Nigeria.

> El piso que tengo alquilado en Lagos es escenario de continuos robos. Y no sólo cuando me marcho por una temporada más o menos larga -Al Chad, Gabón o Guinea-, sino que si hago algún viaje breve a alguna ciudad cercana -Abeoquta o Oshogbo-, sé que cuando vuelva encontraré la ventana arrancada de su marco, los muebles revueltos y los armarios vaciados.

El final es un poco más largo pero no tiene desperdicio.

> Un día tuve una visita. Era un hombre de mediana edad ataviado con un traje musulmán de color blanco. Se llamaba Suleiman. Había trabajado para el italiano (el anterior inquilino) como vigilante nocturno. Conocía el callejón y todos sus aledaños. Me preguntó si no necesitaba un vigilante nocturno. Le dije que no, pero como me había causado buena impresión, le di cinco libras. Al cabo de varios días, volvió.
> Le confesé que no paraban de robarme. Suleiman lo consideró una cosa del todo natural. El robo era una forma -cierto que desagradable- de nivelar las desigualdades. Estaba muy bien que me robasen, dijo, aquello era incluso un gesto de amistad por parte de los ladrones. Me daban a entender que me aceptaban. Por consiguiente, podía sentirme seguro. ¿Acaso me había sentido amenazado en alguna ocasión? Reconocí que no. ¡Pues eso! Estaría seguro todo el tiempo que les permitiera robarme impunemente. En el momento en que avisara a la policía y ésta empezara perseguirlos, más me valía marcharme.
>
> Al cabo de una semana volvió a visitarme. Se tomó un té y luego dijo con voz misteriosa que me llevaría al Jankara Market y que allí haríamos una compra necesaria.
>
> El Jankara Market es un mercado donde brujos, herbolarios, adivinos y encantadores venden toda clase de amuletos, talismanes, varitas mágicas y medicinas milagrosas. Suleiman iba de una parada a otra mirando y preguntando. Finalmente me hizo comprarle a una mujer unas plumas de gallo blanco. Eran caras, pero no opuse resistencia. Regresamos al callejón. Suleiman compuso las plumas, las rodeó con un hilo y las ató al travesaño superior del marco de la puerta.
>
> Desde aquel momento, nunca más me desapareció nada del piso.

En cuanto alcancé el punto final del relato me faltó tiempo para volar al teléfono y preguntar a mi cuñada si aún conservaba las plumas de la gallina pepitoriada. Demasiado tarde. De todas maneras, la solución no habría valido: era imprescindible que las plumas fueran de un gallo valiente y no de una cobarde gallina.

RECORDATORIO 72

UNO (Historia de un reloj)

Mi nieto Pablo está trabajando en Londres con la misma Compañía que venía haciéndolo en Madrid (Apple). Se le acercan unas Navidades que no podrá pasar aquí dado que esos días va a tener allí mucho trabajo y que, por añadidura, está obligado a venir a examinarse a la Complutense de algunas asignaturas en febrero.

No es la primera vez que le va a suceder eso; cuando terminaba sus estudios de EGB ya se pasó un curso completo en Australia, estudiando en Brisbane. Entonces era más pequeño, vivía con una familia y tenía próxima la compañía de su hermana menor; además sus padres fueron por allí a pasar las fiestas con ellos.

Ahora todo es distinto. Ha encontrado un alojamiento para él solo en los alrededores pero bien comunicado con Coven Garden donde trabaja; su novia irá a visitarle durante unos cuantos días. Yo sé que esa soledad en sus *digs* se la ha buscado para poder estudiar cuando no trabaja.

A pesar de todo, a mí me preocupaba su soledad, así que le puse un @ infundiéndole ánimo y recordándole mi experiencia, también en Inglaterra, pero de hacía muchísimos años. Ya sé que las experiencias vividas por otros y en tiempos lejanos pueden resultar de nula utilidad pero, si están revestidas de cierta curiosidad, tal vez colaboren al entretenimiento.

Por los años 1955-56 yo tabajé en Inglaterra como postgraduado en la compañía English Electric que se cuidaba esmeradamente de todos nosotros, *los estudiantes.* Nos buscaba patronas o nos alojaba en magníficos *hostels* de su propiedad al cuidado de algún matrimonio experimentado en ese cometido. Fíjense a qué extremos de delicadeza llegaba la cosa: cuando llegué a Stafford para una temporada, ya me habían buscado una familia polaca para alojarme pues pensaron los de Personal (Departamento de Educación) que al ser yo español también sería católico como los polacos.

El resultado fue que debí durar allí algo así como una quincena porque los polacos, procedentes de tierras muy frías y de haberlas pasado moradas huyendo por medio mundo de las delicias comunistas, se plantaron en las Midlands sin necesidad alguna de encender la chimenea de carbón que tanto apreciaba mi cuerpo serrano. La siguiente patrona que me buscaron, mi querida Sra. Hagan, era protestante, pero todos los domingos me apremiaba para que no llegara tarde a misa en la vecina iglesia de San Agustín.

El hecho es que tuve que pasar dos Navidades en Inglaterra, la primera de ellas después de mi llegada a Liverpool en un mes de septiembre. Durante el viaje desde Madrid, no tardé en hacer amistad, ya desde la estación del Norte, con un galés que se afanaba en fotografiar todo lo *typical Spanish* que se encontraba por delante. Se llamaba Tudor H. Rawkins, y nuestra amistad perduró durante muchos años. Él fue quien me invitó a pasar la Navidad con su familia en Swansea, Sur de Gales, donde disfruté unos días estupendos con sus amigos y con sus padres; más tarde él también conoció a mi familia en Soria, porque resultó ser un enamorado de España. Pasaron muchos años y aún tuve ocasión de visitarlo, con ocasión de alguno de mis viajes de trabajo a Inglaterra, en Portsmouth, en cuya Universidad era Profesor de Geografía.

La segunda Navidad me cogió en Bradford, residiendo en el *hostel* de Ecleshill. Allí éramos muchos pero sólo recuerdo y pongo cara a dos: Alistair Mackenzie, de Aberdeen y John Cheesbury, compatriota suyo aunque de la orilla opuesta: era de Glasgow. También era amigo de otro que no vivía en el *hostel*, de nombre Ian Hawksley y natural de Manchester.

Mi relación con este último resultaba un tanto curiosa. Seguramente pretendía instruirme y a tal efecto me daba la vara para que le acompañara a la ópera en el teatro Alkazar. Lo logró y nos fuimos a ver Los Nibelungos. Mi experiencia operística era tan limitada como para pensar que algo podría aprender de mi amigo y de Wagner. En realidad sólo había asistido en el teatro Alfieri de Turín a la extraordinaria ópera de Gershwin *Porgy and Bess*. También estuve en Coven Garden pero no en sesión de ópera, sino de ballet: el ballet moderno *Check mate* (jaque mate).

Así las cosas, a la ópera nos fuimos, yo sin perder ripio del más mínimo detalle y sentado al lado de mi amigo; la verdad es que no me ocupé de él lo más mínimo dado mi interés por la escena, hasta que en un momento dado y ya pasado un buen rato se me ocurrió volverme hacia él para comentarle algo: para mi sorpresa lo hallé dormido como un bendito.

Por cierto, a la Sra. Winters que regentaba el *hostel* yo la tenía muy preocupada como español que era porque, me decía, por allí había pasado otro español que podía presumir de la marca que le había dejado en la espalda un toro al pisarle una vez corriendo en algún encierro. Yo, la verdad, no daba para tanto.

Para resaltar la generosidad de escoceses e ingleses he de decir que en aquella Navidad tuve dos ofertas muy entrañables: La de John para irme con él a Glasgow, y la de Ian, a Manchester. No sé por qué, pero a Manchester me fui. No recuerdo apenas nada del Manchester de entonces. Tan sólo que también tenía un Piccadilly y que me compré un reloj.

DOS

Con mis primeros dineros compré para mí un reloj de acero inoxidable, que entonces era una gran novedad, y una caja de música para mi novia. La caja contenía la célebre canción de cuna *Duérmete niño* ... que aún suena por casa después de 57 años.

La compra en sí no tenía nada de particular a no ser por el hecho de que la transacción había de tener carácter de *exportación*. Yo pagué, descontaron el impuesto de compra, la tienda retuvo la mercancía y se comprometió a ponerla a mi disposición en la aduana de Folkestone un determinado día pasados alrededor de tres meses. Como se ve, todo un ejercicio de confianza.

No sé por qué lo de Folkestone ya que ese puerto nunca estuvo en mi ruta. Mi travesía habitual del Canal era vía Dieppe-New Haven, la más larga, la que me permitía mayor compañía de gaviotas. Folkestone y Dover, que están muy próximos, se conectaban con Calais a través de la zona más angosta del canal de la Mancha.

Asombroso! En el día fijado aparezco en la aduana de Folkestone camino de regreso a España y allí me esperaban los dos paquetitos con su documentación en regla. Luego, ferry, tren a París, más tren y etc.

Me quedé en Madrid alrededor de un mes pasado el cual vuelvo a Inglaterra para incorporarme a mi nuevo destino en la fábrica de Stafford. Una vez más, aduana de New Haven con sus correspondientes trámites administrativos, y la consiguiente rutina:

-Algo que declarar?

-No, nada.

-Y … ese reloj?

-Bueno, pues mi reloj …

-¿Tiene su documentación? … De todas maneras, pase por ahí -me indicaron la puerta de una habitación- que es donde le atenderán.

-Yo: ¿¿!!

Entro y me piden que me desnude de pies a cabeza. Obedezco asombrado. Me visto, y vuelta con mi dichoso reloj:

-¿Tiene la factura?

-Hombre, pues da la casualidad de que sí: la debo de tener en el fondo de la maleta porque el reloj lo compré en Manchester hace cosa de tres meses, y la maleta prácticamente no la he deshecho.

Comprueban la factura y se quedan tranquilos; ellos, pero yo no.

-Oiga, y si no se hubiera dado la circunstancia tan particular de mi caso, qué habría ocurrido? Porque no me negará que no es demasiado normal andar por ahí con un reloj en la muñeca y su factura en la mano…?

-Pues le habríamos incautado el reloj!!

-¿Y eso?

-Mire, (se serenó un poco) durante estos días estamos teniendo una gran oleada de contrabando con las Islas del Canal.

Como bien se sabe, las Islas del canal son (eran, porque parece que la tercera ha cambiado de nombre) Jersey, Guernsey y Aurigny. Están pegadas a la península francesa de Cotentin en Normandía, son Dependencias de la Corona Británica pero no parte del Reino Unido. Vamos, algo así tan raro como Gibraltar.

Ustedes se habrán dado cuenta de que si El Escorial y el San Quintín francés son pueblos hermanados ya se imaginan por qué, Las Chanel Islands y Gibraltar deben estar hermanadas por el contrabando.

En mis horas altas y en mis horas bajas mi reloj Omega de acero inoxidable me ha acompañado fielmente durante 53 años. Hasta que unos ladrones entraron en mi casa y me lo robaron, estirado como estaba en su correa de cuero junto a mi portátil Toshiba que también se llevaron.

Yo, por mi parte, siempre le correspondí. Una vez lo tuve que rescatar de un canal de riego en la provincia de Huesca donde se me había perdido. En otra ocasión trabajaba con mis dos mecánicos experimentando una cosechadora de nuevo diseño en una finca de 25 hectáreas en Rueda, Valladolid. Para no

perderlo, dejé mi omega bien a la vista sobre el capó del Land Rover. Con la prisa de marcharnos a comer se me olvidó el reloj; pero ya estábamos en el segundo plato; el traqueteo del todoterreno había hecho su trabajo. De vuelta en la finca planteé la siguiente estrategia de búsqueda: Los tres, siguiendo los sucesivos surcos del rastrojo, hubimos de peinar la finca. Y dimos con mi omega del alma! Menos mal que se trataba sólo de 25 hectáreas, porque si estuviéramos hablando de las 25.000 hectáreas de la Duquesa de Alba, aún estaríamos buscando …

La verdad es que si dispusiera de más información sobre mi reloj, me gustaría escribir un guión semejante al de la inolvidable película que se titulaba *El Rolls Roice amarillo.*

TRES (lo que pueden prosperar unas islas en poco tiempo)

Para película la que apunta el diario *El Mundo* en su edición del domingo 20 de enero de 2013. Pedro J. Ramírez, titula su carta del director como *Todos eran mis hijos*, la famosa obra del dramaturgo Arthur Miller. El padre de *todos*, en el drama, es un individuo que comparte con ellos un secreto de corrupción que en la carta del periodista se pone en parangón con el que arrastra Jordi Pujol.

En el caso de Pujol, *todos* sus *hijos* son, además de sus hijos *biológicos*, otros que podrían llamarse hijos *políticos* (sin llegar a yernos, necesariamente).

La carta completa se puede ver en http://www.almendron.com/tribuna/todos-eran-mis-hijos/ así que no voy a insistir en ella. Tan sólo copiaré el párrafo que sigue por la chispa que tiene:

> El punto de inflexión llega cuando la enfermera que vive en la casa de al lado se refiere a los Keller [él, el padre de todos los hijos] con la misma expresión con que en Cataluña se denomina, entre bromas y veras, a los Pujol: "Lo que a mí me ofende es tener por vecina a la Sagrada Familia. Me hacen parecer una desgraciada, ¿entiendes?" …

Sin embargo, sí quiero reproducir el pie y los titulares relativos a una casa corriente y moliente que aparece en la portada del diario de ese domingo:

> Imagen de la casa del paraíso fiscal de Guernsey, sede oficial del "holding" Mare Nostrum".
>
> La casucha de Oleguer
>
> En esta sede ficticia del paraíso fiscal de Guernsey está radicado Mare Nostrum, el "holding" desde el que el hijo de Pujol maneja inversiones de cientos de millones.

[Para que el lector se haga una idea, ese paraíso es más pequeño que nuestra isla de Formentera].

Hay que ver! Quien me iba a decir a mi en aquellos tiempos en que yo cruzaba *el Canal*, que sus islas iban a progresar tanto como para convertirse de perseguidas madrigueras de pringados contrabandistas en sede de muy honorables paraísos fiscales! [obsérvese que empleo el mismo tratamiento que ostentó el patriarca de la *sagrada familia*].

A lo mejor cualquier día nos sorprenden los medios con *la Sagrada Familia* esa en pelota picada intentando encontrar la factura en el fondo del maletín para enseñársela al juez! ¡Nunca se sabe!

firmadas por Ricardo

11 magníficas caricaturas

RECORDATORIO 73

UNO (Yo no entiendo de barcos)

Eso es lo que dicen en Andalucía cuando alguien quiere desentenderse de una cuestión que le proponen y que no le conviene o no le interesa.

Yo tampoco los entiendo, pero me encantan. Ya desde niño, en San Vicente de la Barquera, cuando desde mi casa oía que alguno entraba tocando la sirena en señal de buena captura, al muelle me largaba para ver en primera fila la maniobra de atraque del barco con sus botavaras recogidas sobre la cabina, la descarga en cadena de los bonitos, a los vascos que hablaban entre ellos en una lengua para mí ininteligible (en ese caso el barco no ponía SVB en el folio), a los otros curiosos y al carabinero.

Un puerto de mar, por modesto que fuera necesitaba un carabinero porque un puerto siempre es frontera y ya se sabe lo que pasa en las fronteras (contrabando, mayormente). Así que S.V.B. tenía párroco (don Ángel), comandante de Marina (con dos hijas bien guapas, Carmela y Coti; nunca vi escrito el nombre de esta última, pero supongo que habría que escribirlo así porque la y medio griega, medio inglesa, no se había inventado todavía); tenía también médico, don Antonio, y registrador de la propiedad (que era jorobado).

Esta profusión de autoridades, y me he quedado corto, se debía a que el pueblo era nada menos que Cabeza de Partido. No desorientarse con la coincidencia de que don Mariano Rajoy también es Cabeza de Partido y registrador de la propiedad, aunque no sea jorobado (pero sí jorobe a muchos).

Todo esto era parte de la vida presente de mis barcos, pero a mí me interesaba igualmente su pasado. En medio del arenal de la bahía que la bajamar dejaba al descubierto, asomaba la imagen esquelética del Luis, un barco que dormía el sueño de los justos recostando en la arena todo el costillar de sus cuadernas.

La imagen de la Pilarica estaba en el recuerdo de todos aunque nadie pudiera verlo desde hacía tiempo. Había sido la *pareja de hecho* del San Pablo, que todavía faenaba. Los denomino así a ambos porque no pienso que hubieran sido nunca *pareja de arrastre* dada la apariencia que distinguía al viudo San Pablo.

La difunta Pilarica había desaparecido un día de niebla y traía el recuerdo de una canción cuya letra aún puedo reproducir:

De Bermeo salieron un día
cuatro lanchas pesqueras a la mar
cuyas lanchas pesqueras fueron presas
del más bravo y más bravo temporal.

Ay que día más desgraciado
para el pobre pescador,
que las olas del mar se lo han llevado
el recuerdo y el recuerdo de su amor.

Una limosna, señores, les venimos a implorar,
Para aquellas pobrecitas viudas
Que no cesan, que no cesan de llorar.

Esta letra, tan sencilla como sentida, siempre me dio mucho que pensar. ¿Se trataría de una especie de canción de gesta de aquellas medievales que cruzaban los aires de los pueblos en boca de juglares? Porque el porte de las lanchas pesqueras no parecía muy acorde con el de los antiguos barcos de carbón que yo alcancé a conocer y mucho menos con el de los *motores* (barcos a motor diesel del estilo del Justo, nombre del patriarca bermeano establecido en SVB y de nombre completo Justo Lecue).

Por otra parte, qué día podría ser ese de la canción? O se trataba más bien de una apelación genérica al constante peligro al que se enfrentan los pescadores en la mar? Para salir de dudas se me ocurre,

mientras escribo estas líneas, entrar en Google con el texto completo del primer verso, y vean, ¡Oh maravilla de INTERNET!, la respuesta:

http://www.euskonews.com/0518zbk/gaia51803es.html

Les recomiendo la lectura completa porque es escalofriante. El relato no hace referencia a la canción pero es una recreación de su contenido pormenorizado, con todo lujo de detalles. La tragedia, verdadera, había ocurrido veintitantos años antes de que yo pudiera escuchar el cantar.

Volviendo al San Pablo, diré que se distinguía porque en la parte alta de su roda mostraba una curvatura especial que lo diferenciaba de todos los pesqueros que podían verse entonces, y de todos los que la curiosidad me ha traído delante de mis narices hasta el día de hoy. No se si la intención de aquella licencia era la de obrar a modo de tajamar, que las proas siempre han dado mucho que cavilar a los constructores de barcos (a los arquitectos navales que dicen los ingleses).

Es decir, a los ingenieros navales, y también a los poetas. Vean si no, el segundo terceto del soneto que yo dediqué a un pesquero varado:

Tu proa, cual cuchilla que cortara
el agua enfurecida que se vierte,
partirá en dos la mar si se dejara.

DOS

Tenemos en nuestro Comité de Terminología del IIE, al reputado Ingeniero Naval Antonio Hernández Briz que de vez en cuando nos suministra palabras de la jerga naval, marinera y oceánica, tan abundante y novedosa para quienes somos ajenos a su uso. Él es muy simpático, ocurrente, amante de nuestra lengua y conocedor de todo lo que tenga que ver con ella. No les diré más sino que le publican en los periódicos cartas al director que enmiendan la plana del lenguaje a todo aquel que se lo merece.

Un día, como quien examina, nos suelta: ¿Vosotros sabéis para qué sirve el bulbo ese que llevan los buques en la obra viva de la proa? La respuesta fue un silencio sepulcral.

Cuando yo estudiaba el tercer curso de la carrera teníamos una asignatura muy interesante y muy práctica. Se llamaba “Semejanza de modelos”. En tan señalada ocasión nos llevó un día el profesor a visitar el Canal de experiencias hidrodinámicas de El Pardo. Allí yo me lo pasé pipa contemplando los modelos en parafina del casco de los barcos que se movían empujados por un pórtico, contra las olas del canal que, a su vez, se generaban a voluntad en distintas configuraciones. Las galgas extensométricas sobre el casco hacían el resto.

Por entonces los bulbos de proa no existían, aunque el estudio de su origen databa del año 1928 en que Sir Thomas Havelock estudió las olas dejadas por una esfera, estudio que preparó el camino para la investigación de W.C.S. Wigley y G. Weiblum que atribuyó la disminución de la resistencia que el agua ofrecía al avance del buque, a la superposición atenuadora de las olas de proa (las de siempre) y las del propio bulbo. Se trataba, pues, de hacer coincidir la cresta de un tren de olas con el seno del otro, y viceversa, lo cual redundaba en un mayor rendimiento de la hélice.

El Canal de experiencias hidrodinámicas de El Pardo, después rebautizado como Laboratorio de Puertos y Costas, también ha experimentado sobre bulbos. De hecho, en el año 2000 llevó a cabo unas investigaciones sobre distintos tipos de bulbo situados a diferentes alturas de una misma carena.

Antonio nos contó todo esto y nos dejó satisfechos. Quien quiera ver cómo es un bulbo de cerca no tiene más que asomarse a la chistorra 14.

RECORDATORIO 74

UNO (México lindo y querido)

En 1974 pasamos parte del verano en México, Valle de Bravo primero, hacia Toluca y luego en la ciudad de México, Ciudad Satélite, al amparo de nuestros queridos Lu y Rodo. Fue una experiencia entrañable y simpática a la vez que provechosa.

Allá aprendes que un mendigo es el que pide y un méndigo el que no da. Y que, como en todas partes, hay gente que aprecia y hasta quiere lo español, y gente que lo detesta. Conocimos a un tío la mar de simpático, con rasgos típicos del aborigen que nos decía, sonriente, sentirse muy orgulloso de llevar en sus venas sangre española. Y añadía: mis ancestros se comieron a muchos de sus paisanos.

Llegas a saber asimismo que un mesero es el que atiende a los que se sientan a la mesa de un café o un restaurante, que es cosa bien natural, porque llamar a ése, camarero, como si fuera de cámara en cámara, es bastante rebuscado. Lo de mesero tiene la ventaja añadida de que en inglés se diría *tabler* que resulta tan sencillo, porque llamar al waiter es toda una complicación. Total, el sentido común mexicano aplicado al lenguaje.

También aprendes a emplear debidamente el adjetivo en grado superlativo *padrísimo*. Con esta noticia yo creía que iba a descubrir a alguien la mar océana y resulta que el tal adjetivo superlativo ya está en el DRAE: equivale a óptimo. Lo cual me recuerda a la pareja aquella de un mejicano y un español recién llegado allá, que era instruido por el otro para aclararle un principio básico: … porque mire, nosotros acá en México somos todos muy machos … A lo que el español replicó: pues en cambio, en España somos la mitad machos y la mitad hembras, y nos lo pasamos de puta madre!

Con lo cual llego al fondo de la cuestión machista: parece que lo bueno, lo buenísimo, es ser padre. Ya lo preconizaba Shakespeare en sus sonetos genesiacos cuando instigaba a los jóvenes a que engendrasen para dejar constancia de su paso por la tierra. Tan buenísima es la cosa, que la monogamia se queda pequeña a tal fin, y así, la madre puta aparece ensalzada: lo importante es ser padre, aunque no se sepa de quien.

No estoy seguro de que Mark Twain aprobara el machismo, pues se preguntaba con su típica retranca: ¿¡ Qué seríamos los hombres sin las mujeres?! Y se respondía: Pues seríamos muy escasos!

DOS (Don Quijote de la Mancha)

Estoy pasando una temporadilla medio regular por razones que no vienen al caso. Con frecuencia me despierto de noche para quedarme insomne durante horas. Menos mal que tengo la medicina a mi alcance: en la mesilla de noche tengo El Quijote que me da sosiego y contento y hasta me hace reír a carcajada tendida.

Mi amigo Andrés Gómez Pitarch solía decir que él siempre estaba dispuesto a leer El Quijote otra vez. Y el académico Arturo Pérez Reverte escribe:

> Cuando … había dolores que no se quitaban con aspirinas, la solución era abrir un libro. … Conservo ese hábito, y entre los analgésicos a los que con más frecuencia recurro se encuentran Montaigne y Cervantes: Los *Ensayos* y *El Quijote*. Este último, sobre todo. … unas veces busco pasajes concretos y otras me engolfo al azar, abriéndola (… la edición que manejo es la del profesor Francisco Rico …) por cualquier sitio, seguro de que a las pocas líneas estaré de nuevo atrapado por la magia deliciosa del texto, y que todos los dolores reales o metafóricos se atenuarán, como de costumbre.

Yo también tengo en mi biblioteca los *Ensayos* de Montaigne que leo con mucho interés pero sin resultado analgésico semejante al Quijote: son más serios, más eruditos y los míos tienen la letra mucho más pequeña. La edición del Quijote que yo leo es la de Urbano Manini, 1868, de letra grande y papel cuasi biblia pero más consistente y encuadernación dura que resulta muy ligera y apta para la cama.

El presente turno de lectura lo inicié porque me interesaba por la correspondencia de Sancho y su mujer en el entorno del tiempo pasado en la gobernación de su ínsula y en las correspondientes aventuras en el castillo del duque. Una vez pasadas éstas seguí la lectura hasta el final del Tomo Segundo que es el último.

Y ya en éstas empecé el primero, una vez más, con intención de seguir hasta empalmar con el último comienzo de turno. Así llegué al Capítulo XIII del referido Tomo Segundo *donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos*.

En ese capítulo se cuenta cómo hicieron un aparte los dos caballeros andantes, *el del Bosque* y *el de la Triste Figura* para hablar de sus aventuras y disputar de cual de las dos damas de sus sueños fuera la más hermosa, *la serenísima Casildea de Vandalia* [que, digo yo, debía ser algo así como la andaluza tranquilona de nombre Casilda] o *la sin par Dulcinea del Toboso.*

Comoquiera que *divididos estaban, caballeros y escuderos*, éstos, se enzarzaron en menudencias propias de su baja condición de las que extraigo las que convienen a mi propósito:

> -Real y verdaderamente, respondió el del Bosque [el otro escudero, a Sancho], -señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme a mi aldea y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas.
> -Dos tengo yo, -dijo Sancho,- que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha, a quien crío para condesa, si Dios fuere servido, aunque a pesar de su madre.
> -¿Y qué edad tiene esa señora que se cría para condesa? –preguntó el del Bosque.
> -Quince años, dos más o menos, -respondió Sancho; -pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán.
> -Partes son esas, -respondió el del Bosque, -no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo [robustez] debe de tener la bellaca!
> A lo que respondió Sancho algo mohíno:
> -Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y háblese más comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.
> -¡Oh, qué mal se le entiende a vuesa merced, -replicó el del Bosque, -de achaque de alabanzas, señor escudero! Cómo, ¿y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho? Y aquello que parece vituperio, en aquel término es alabanza notable.

Moraleja: Hoy en día, que algo sea padrísimo es sinónimo de ser de puta madre. Pero no hay que olvidar lo que nos dice Cervantes al respecto: que eso es lo que suele decir el vulgo. A lo que yo añadiría que ser vulgar es libre, pero poco decente en estos tiempos tan adelantados.